

## EL CLUB DE LOS OSOS TRAVIOSOS

### Antonio Gómez Rufo

En el Café Principal se reúnen todas las tardes, desde hace más de veinte años, catorce señores de cierta edad con el único propósito de pasar las horas y consumir entre toses, carraspeos, quejidos y malhumores la vida que se les va yendo con implacable constancia e irrespetuosa celeridad, cruel fuga del tiempo que parece no incomodarles en absoluto porque ninguno de ellos duda de que, aunque ha estado bien todo lo que ha vivido, aún mejores son las perspectivas de cuanto le queda por vivir.

Preside la tertulia don Simón Estébanez de Villajocundia, académico de la Lengua y catedrático emérito de la Universidad, amigo de la buena vida y aficionado a pasear una capa raída los meses con erre y andar más ligerito de ropa los restantes, sin contar julio ni la primera quincena de agosto, claro, cuando cualquier textil sería innecesario de no ser por las buenas maneras y el decoro que nuestro personaje ha mantenido siempre.

Cuando don Simón no puede asistir, su lugar en la tertulia es ocupado por don Secundino Malparto Yqué, profesor de Literatura jubilado y poeta perseverante y mordaz, que lo mismo plagia una estrofa a Quevedo que se saca del mollar un soneto prodigioso ante el que cualquier concurso floral cae en sus manos, y su importe metálico en sus otrora lastimosos bolsillos vacíos. Don Secundino preside mejor que don Simón, al decir de los restantes contertulios, pero su desgracia de haber nacido en 1911 le impide cualquier competencia con éste, que vio la luz por vez primera en 1910, evidencia irremediable que ninguna falsificación documental puede alterar a estas alturas: el privilegio presidencial recae en quien ostenta la más señalada longevidad, resultado de un acuerdo no escrito que se estableció en el momento de la fundación del grupo.

Los restantes miembros de la tertulia con aspiraciones de alcanzar la presidencia y correlativamente el alto honor de dar y retirar la palabra a quienes se extralimiten en su uso o la empleen mal, habrán de esperar con paciencia óbitos o incapacidades transitorias, pues el de mayor edad de entre los aspirantes, don José Trompeta y Trompeta, aún no ha cumplido los ochenta y cuatro y el más joven, don Gregorio Tocino y Gordo, para su desconsuelo, apenas si acaba de cumplir setenta y nueve, y no sólo tiene que soportar sin gestos visibles de desagrado que le llamen Goyito sino que, a más *inri*, de continuo escucha con resignación que aún es un niño y mucho tendrá que esperar para alcanzar privilegios y reconocimientos expresos.

Los demás miembros de ese Club navegan entre una edad y la otra, alguno más castigado por la biología, como es natural, pero todos igualmente enérgicos, malhumorados y lúcidos, tanto si la ocasión lo requiere como si no es necesario tal menester.

Se reunieron por vez primera hace veinte años, tal vez más, ninguno quiere recordarlo; pero el caso fue que, años después, a don Camilo Toses Matoses se le ocurrió llamar al grupo "El Club de los Osos Traviosos" y todos, sin excepción, aceptaron la denominación porque les gustaba el sustantivo, indudablemente más que el adjetivo.

Su centro de encuentros ha sido siempre el Café Principal, bajo los soportales de la Plaza Vieja, y pensaron que a su reiterado conciliábulo era mejor denominarlo Club que Círculo u otra referencia geométrica, aunque a don Manuel Pi y Salsosa, que por algo fue matemático ilustre, ilustrado y

agnóstico, las referencias numéricas le traen al recuerdo memoranzas masónicas y no le son desagradables del todo. Así pues, el Club de los Osos Traviosos, entre bromas y veras, tuvo un origen casual, ha mantenido un desarrollo feliz, disfruta de un presente más semejante a un hogar que a una tertulia y su futuro podría calificarse de espléndido.

Sorprende que en tantos años, y promediando la edad de sus integrantes, no se hayan producido bajas, considerando tan dilatada existencia. El decano, presidente y moderador, don Simón Estébanez de Villajocundia, cuenta con unos robustos noventa años, y tan sólo falta a la cotidiana cita siete u ocho días al año, allá por el mes de febrero, cuando una gripe benigna se suele cebar en sus bronquios y su mujer le prohíbe salir de los aledaños de la estufa, imponiéndole quedarse en casa preso ante el televisor, guste o no de la programación que corresponda. Y don Gregorio Tocino y Gordo, el benjamín de la pandilla, está aún lejos de cumplir los ochenta, para lo que le faltan nueve meses y cinco días, plazo que cuenta con verdadera fruición por ver si así le dejan de tratar como a una criatura desvalida y le reconocen su cualificación.

Ezequiel, el camarero del Café Principal, reparte las infusiones, los cafelitos y las jarras de agua con idéntico esmero y sin equivocarse nunca; es el único que llama don Gregorio a Goyito y el único también que respeta su edad con idéntica equivalencia que a los demás procura. En ocasiones siente una indisimulada tristeza porque acaba de cumplir los sesenta y cuatro años y apenas le queda uno para jubilarse, y aunque muchas veces ha estado tentado de solicitar humildemente permiso para que, cuando llegue su hora, le acepten sentarse tan sólo a escuchar y a compartir carraspeos con los miembros del Club, jamás se ha atrevido siquiera a insinuarlo, entre otras muchas razones porque sabe que no le corresponde por formación y, sobre todo, porque los Osos le llaman niño, chaval y otras denominaciones sinónimas que ponen de manifiesto el abismo generacional existente entre él y sus clientes, aunque ni él lo note en demasía ni ellos vayan a reconocerlo nunca. Desde su inevitable chaquetilla blanca repetidamente impoluta, sus botones dorados en pechera y puñar, su tez pálida, su alopecia exagerada y esas gafas de concha negra antiguas y sin coquetería, Ezequiel admira esta explícita demostración de eterna juventud, animosidad perenne e ilusionada existencia que tanto echa a faltar en sí mismo, sobre todo desde lo de su mujer, aquella tragedia ocurrida tres años atrás en la carretera comarcal cuando, a saber por qué, un camión se empeñó en seguir su camino a través del coche familiar en vez de efectuar un pequeño rodeo. Y aunque él salió relativamente indemne del estruendo, su mujer tuvo que ser recompuesta no sin cierto esfuerzo por un experto equipo forense para que los allegados lograsen enterrar algo parecido morfológicamente a un ser humano.

Sorprendente es también la historia de don Timoteo Malo de Barriga, de ochenta y un años en la actualidad, personaje multifacético no tanto por la variedad de sus actividades y capacidades sino por las diversas caras que está siempre presto a mostrar, tan pronto hipócritamente afable y generoso, como insidioso y malévolo, sin razones aparentes que justifiquen semejantes cambios en su talante, carácter y forma de conducirse con el prójimo. De biografía compleja, por no decir algo peor, don Timoteo es un anciano odioso y poco conversador, y con una biografía cuando menos espeluznante: nada importa que hasta su mujer tuviese que dejarlo porque llegó al extremo límite de no poder soportarlo, ni que al fin encontrase refugio en una pelandusca con la que vive arrejuntado desde hace tres

lustros; la peor de sus maldades es la tendencia a procurar el mal ajeno, en lo que se esmera, algo que no se sabe si concuerda o no con su catolicismo ultramontano y su dogmatismo totalitario. Franquista puro y duro, de la sección más fanática, don Timoteo se ve obligado a callar sus opiniones políticas para que a don Simón y a don Jacinto, sobre todo, no se les suban las bilis y lleguen a estados de arritmias peligrosas para sus aceptables estados de salud. Por él, sobre todo por él, está prohibido hablar de política en la tertulia, y por eso casi nunca se habla, aunque los comentarios cotidianos de los acontecimientos se interfieran en muchas ocasiones, derivando hacia posicionamientos y amagos de patatuses y subidas de tensión arterial nada aconsejables para según y qué edades.

Don Timoteo Malo de Barriga, pura cizaña, no se incorporó al grupo en sus inicios sino que tuvo que solicitarlo varias veces durante un par de años. Los demás, ante su insistencia, aceptaron debatir su admisión y las ventajas e inconvenientes que tal decisión conllevaba, tratándose además de quien se trataba. Tras muchos meses y alguna que otra negativa tajante, fue la intervención de don Práxedes Sanfermín Veleta, inspirada como siempre, la que finalmente obtuvo la conformidad general para aceptar la presencia "a prueba" de don Timoteo, un discurso vehemente, como todos los suyos, pero de una ponderación admirable.

Se hizo saber a Ezequiel que don Timoteo Malo de Barriga podría tomar asiento entre ellos cuando le placiese, con la condición de "a prueba", y que así habría de comunicárselo en cuanto volviese a adentrarse en el Café, de lo que Ezequiel tomó buena nota con su desparpajo y predisposición conocidos. Y a la tarde siguiente, con un solemne "buenas tardes", contestado por unos y otros con mayor o menor cordialidad en el tono, don Timoteo pudo tomar asiento en la silla que aproximó Ezequiel, concretamente entre don Gregorio Tocino y Gordo y don Eduardo Pequeño Valle, quienes se prestaron a abrir un hueco bastante para la acomodación del recién llegado.

La silla de don Simón Estébanez de Villajocundia, el presidente del Club de los Osos Traviesos, aún permanece vacía. Don Simón fue miembro del Consejo Asesor de don Manuel Azaña durante la II República Española. Tras la finalización de la guerra civil, pasó unos años en Ciudad de Méjico y algunos más en California, dictando unos cursos en su Universidad, hasta que obtuvo permiso de don Joaquín Ruiz Jiménez, a la sazón ministro de Educación, para reintegrarse a su cátedra sin penosidad alguna ni menoscabo de su dignidad. Casado con doña Francisca Mota del Cuervo, es padre de siete hijos y abuelo de diecinueve nietos de excelente salud. Su esposa, por el contrario, fue siempre mujer de constitución débil y los siete partos, aún siendo fáciles, no ayudaron a afianzar su precaria fortaleza. Con todo, su vitalidad resplandece todavía sin dar muestras de agotamiento, con ochenta y ocho años confesados, y ha establecido un hogar sólido en el que manda ella y en el que don Simón, que es agnóstico y cree en pocas cosas, de lo único que está verdaderamente convencido es de que así ha de ser y por tal la complace en todo cuanto le pide, que no suele ser poco.

De carácter mesurado y voz modulada, su único defecto es la tendencia a dormitar cuando un contertulio le aburre con alguna historia, sin el menor miramiento, y en cambio se molesta de forma exagerada si no se le presta la atención debida cuando, de tarde en tarde, deja a un lado su conocida concisión expresiva y disertada sobre algún asunto sobre el que asegura haber reflexionado, cerrando los ojos, echando la cabeza hacia atrás y acompañándose con una mano gesticulante, interese o no cuanto

está exponiendo. Por lo demás, es un presidente correcto, al que le gusta conservar el poder y que desprecia de manera explícita las maniobras de algún que otro contertulio que conspira de manera evidente para sucederle o remplazarle.

Todos sus amigos hablan de él con mucho respeto, mostrando el afecto que le tienen, pero él esconde una espinita clavada porque nunca le reconocen algo que para él tiene muchísima importancia. Por eso termina resultando pesado cuando, de vez en cuando, pregunta:

- ¿Les parece a ustedes que ahora les hable de mi reconocimiento internacional por mis aportaciones filológicas, concretamente en lo que se refiere al nacimiento de la letra "ñ", tan española, cuando sostengo que al inicial conjunto "nh" le sucedió la costumbre de tender la aspiración del signo vertical de la "h" sobre la letra que le antecedía e hizo superflua la existencia de ésta, conservando la tilde horizontal sobre la primera?

- No, gracias, don Simón. Otro día.

- Hay que ver cómo son ustedes... ¡Hay que ver!

Y entonces don Simón entorna los ojos, adopta una actitud no muy diferente a la que puso el Cardenal Cisneros cuando recibió el decimotercero desplante de doña Juana la Loca, instantes antes de incapacitarla definitivamente, y se reclina en su silla, nada satisfecho con la actitud de sus amigos, con la mirada sombría y las manos inquietas, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

También están aún vacías las demás sillas de este rincón del Café Principal. Pero muy pronto se irán ocupando. Y es que están a punto de dar las cuatro y media de la tarde en el viejo reloj de la Plaza. Es decir, que la tertulia está a punto de comenzar...